

De lo vivo a lo pintado

(Número 5.)

Por el Capitán Auditor JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



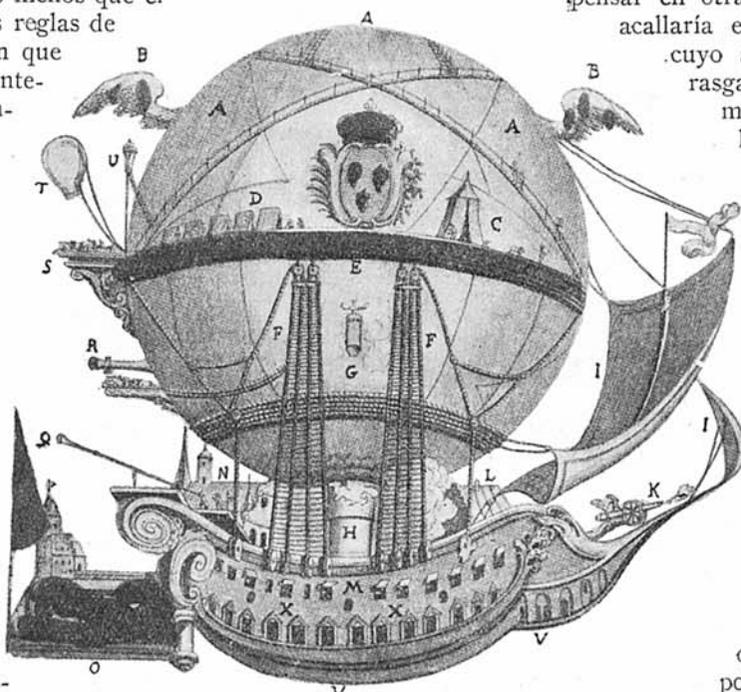
Una "fortaleza volante" de 1784, o globos para la felicidad del género humano



Fortaleza de papel, es claro, para dicha de las gentes de 1784 y para regocijo nuestro, que así podemos admirar hoy una maravilla que ningún luto costó. Fortaleza, además, que sólo un tiempo tan de lleno inmerso, por su mal, en el continuo tejer y destejer de las guerras, puede calificar de tal. Aquel plácido fin de siglo que, además, epilogaba la muerte del mundo dieciochesco de las buenas formas, y el pelear sometido, no menos que el vivir cotidiano, a las amables reglas de la cortesía, no podía soñar en que un día aquella guerra, aún contenida en medios y en combatiendo, viniera a desplomarse desde lo alto, y sobre todos. Al recién nacido de que Franklin habló, no le acunaron, por eso, sueños de contiendas, sino las más plácidas esperanzas de comercio; en Mercurio, no en Marte, se le buscó dios tutelar. Es natural, pues, que puesto a encontrarle empleo el anónimo dibujante al crecido globo por él adivinado, no le hallara otro más apropiado que el de pacífico heraldo del progreso entre los pueblos, cándido sueño estrictamente acordado, por lo demás, con el latir de su tiempo. El globo posee un cañón, es verdad, pero la leyenda nos explica su incruento cometido: "Cañón para advertir a las ciudades del paso del navío"; y no menos es verdad que allí, en lo alto, sobre la galería que circunda al globo, unas tiendas de campaña nos hacen pensar inevitablemente en un ejército de empelucados paracaidistas presto a lanzarse sobre la retaguardia enemiga; pero no; se trata, nada más, de la "tienda para el inspector de los cordelajes", y de "cuarteles de bemberos", y ni siquiera el descomunal tubo que aparece en el lado opuesto al del cañón es otra cosa que un "telesco-

pio público", y el que sobre él asoma más que la "tubería general de las chimeneas", tan pacíficos ambos como unas alas cuyo significado, muy otro del dominante que pudiera esperarse, no es sino el de "alas para indicar el viento". No, no hay más que paz a bordo de ese "Great Earnstern" de los aires, y si la "batería de cañón" que sobre los "alojamientos de los viajeros" aparece, pudiera hacerlos

pensar en otra cosa, ¿qué escrúpulos no acallaría el contemplar "la capilla", cuyo agudo campanario amenaza rasgar la envoltura del descomunal artefacto? Tiempo adelante, el proyecto se reprodujo con frecuencia, "señaladamente por Robertson en 1803", se nos advierte en el pie de la reproducción del grabado. En todo caso, y por lo que de tales noticias a mí ha llegado, el carácter de la pacífica fortaleza no varió. En la deliciosa narración de Verne, "Un drama en los aires", aparece, en efecto, la referencia a la maravillosa máquina que aquí contempláis, sólo que relativa a una de esas posteriores reproducciones a que ya me he referido. La capilla parece haber desaparecido, y



Proyecto fantástico de un barco real aéreo (1784).

(De la Histoire de l'Aéronautique, de Bouché y Dolfuss.)

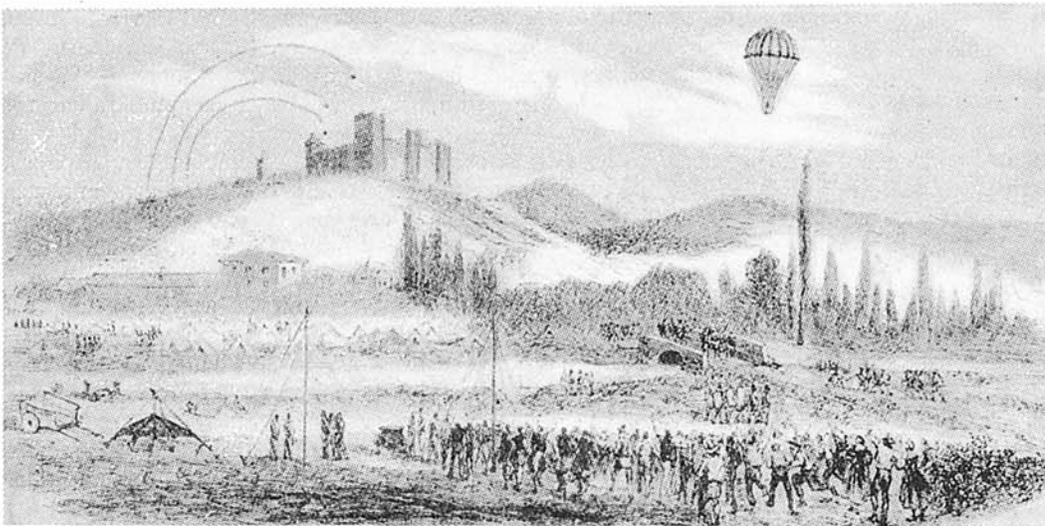
en su lugar vemos un gigantesco tonel, una jaula y una casa, pendientes de la no menos gigantesca navecilla; ¡ah!, y un gallo descomunal en lo alto del globo, sosteniendo con una pata un tremendo gallardete; pero el carácter de la invención se mantiene. Y si no, repasad el siguiente anuncio: "Este globo, inventado para la felicidad del género humano, saldrá sin demora alguna para las escalas de Levante, y a su regreso anunciará sus viajes a los dos polos y al extremo Occidente. No hay que cuidarse de nada: todo está previsto, todo irá bien. Habrá una tarifa fija para todos los puntos

de tránsito, precios que serán iguales para las comarcas más remotas de nuestro hemisferio, o sean mil luises para ir a cualquiera de ellas. Bien mirado, esta suma es muy módica si se tiene en cuenta la velocidad, la comodidad y los pasatiempos que se disfrutarán en dicho globo, y que no se encuentran en la tierra, por cuanto en el globo todos hallarán las cosas que más les cuadren. Y esto es tan cierto que, sin

cambiar de sitio, unos podrán bailar, otros descansar; éstos comer opíparamente, aquéllos ayunar; el que quiera departir con personas de talento tendrá con quien hablar, y el que sea un bestia no dejará de encontrar algún compañero. En resumen, ¡el placer será el alma de la sociedad aérea!”.

Sociedades de placer... ¡Felices “Fortalezas volantes” de 1784!

Los Godard, o una dinastía de aeronautas



Reconocimiento de las fortificaciones de Peschiera, ejecutado en mongolfiera, en 1859, por Eugenio Godard. (Grabado del “Monde Illustré”; de la “Histoire de l’Aéronautique.”)

Hace algún tiempo—¿qué digo?, hace mucho tiempo—me cupo en suerte hablar de una dinastía de periodistas, que, a buen seguro, habrá influido en los destinos del mundo más decisivamente que las más de las dinastías reales, y a la que, para que nada le faltase, ni aun le faltaba a cada miembro el número indicador de su puesto en la escala: me refiero a la dinastía de directores de ese *Times* que, no por tácito, ha dejado menos de significar otro poder—¡y qué poder!—en la Constitución inglesa. Como ése no me faltarían, si de hablar de dinastías no reales se tratara, ejemplos, tanto del lado de la Prensa como del lado de la Economía o de las Finanzas. ¿Qué más dinastía que la de los Rotschild, verbi-gracia? Sólo que no es de eso de lo que se trata aquí, sino de cosas del aire; de dinastías del aire, por consiguiente, de las que yo únicamente puedo hablarlos: de los Godard, en fin.

Y no porque hayan sido los únicos. Los ingleses pueden también presentar la suya: la de la familia Spencer, en el aire desde los tiempos del adusto Charles Green (yo os doy palabra de que debía serlo, a juzgar, al menos, por lo que

únicamente hoy nos es dable juzgar: por su retrato), allá por el año 1836, a los presentes—y ya comprenderéis hasta qué punto es pura licencia literaria eso de que se lleven siglo y pico en el aire los miembros de la tal familia—. Pero la de los Godard es singularmente interesante... al menos, y perdonadme esta confesión, porque de ellos tengo a mano, en la excelente *Histoire de l’Aéronautique*, de Dolfuss y Bouché, tan reiterada y alevosamente saqueada por mí en punto a datos y documentos gráficos, una serie de grabados y fotografías, algunos de los cuales, ciertamente, no puedo por

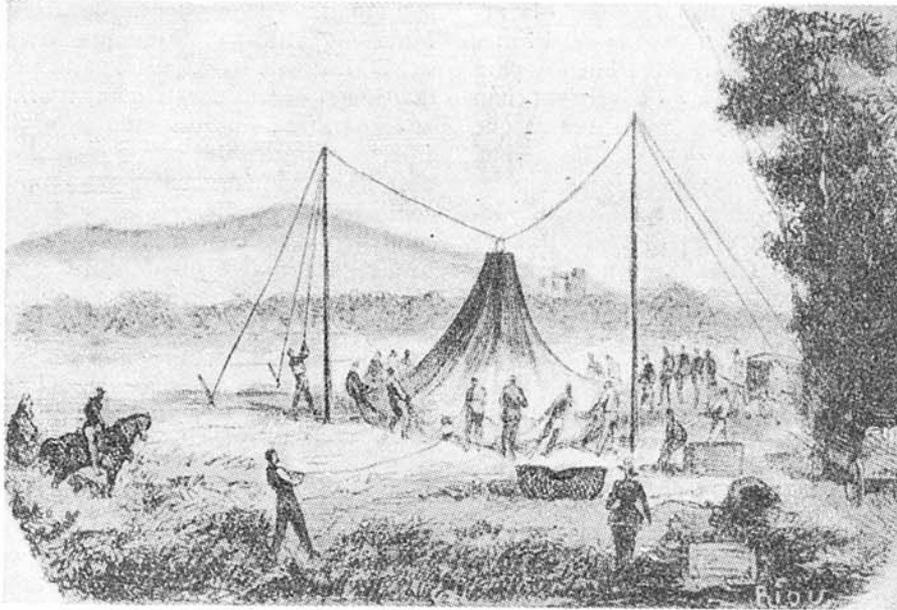
menos de presentarlos. Aunque también interese especialmente la familia francesa, porque, al margen de toda consideración utilitaria por parte mía, llenó efectivamente todo un período en la historia de la Aviación: la segunda mitad del siglo XIX. Y como a ella podría aplicarse como anillo al dedo cuanto en el número pasado de esta mi sección dije concerniente a quienes, como Arban, sin inventar nada, popularizaron con un esfuerzo modesto y paciente, a menudo heroico, el recién nacido invento, paso sin más a daros cumplida noticia, del brazo, es claro, de Dolfuss y Bouché, de dichos señores Godard.

Aunque antes, según manda la buena educación, tendréis que ser vosotros, lectores míos, presentados a las señoras. Porque las hay, las hay en la familia Godard. A ver... Sí, ahí, en el rincón de la galería, casi escondida detrás de los cuatro hermanos varones. Madame..., mademoiselle... Bouché y Dolfuss no me han aclarado esto, y no deja de constituir una contrariedad; en fin, madame o mademoiselle Eugénie Godard... Mis lectores... Madame... Esto repitá-

moslo con las señoritas aquí no presentes: con la señorita Fanny Godard, por ejemplo, prima de Eugenia, y que os aseguro está realmente sugestiva con el *traje de ascensión* en que yo la contemplo, negligentemente apoyada en la barquilla de su globo, cogida a las cuerdas, y en bandolera una bolsita donde es de suponer esconderá unos útiles de embellecimiento que no tenía por qué olvidar por el hecho de estar en el aire... Bueno, la verdad es que no sé si en la familia volaron más

mujeres; con que vamos a los varones. Ahí los tenéis también: Eugenio, Luis, Augusto y Julio Godard. Y si volvéis la página y reparáis en la fotografía que cierra este artículo, podréis entablar conocimiento con monsieur Pierre-Edme Godard, padre, su hermano Abel, más conocido en la familia por Fanfan, y Julio y Luis, ya presentados.

El primero en volar fué Eugenio. Resulta curioso examinar de qué manera fueron siguiéndole los demás. Porque todo empezó con una sencilla ascensión en mongolfiera de papel, que aquél realizó en Lille en 1847; y más todavía, con otra que terminó aterrizando de noche cerca de Ostende, llevada con tal éxito que los pasajeros la celebraron en los periódicos con entusiasmo. La *propaganda*, que hoy diríamos, hizo todo lo que faltaba; tanto más cuanto que en este caso, lejos de utilizarse para encubrir la ausencia de contenido, sirvió para atraer la atención hacia las positivas cualidades de maestría e inteligencia que Eugenio Godard po-



Momento de inflar la mongolfiera de E. Godard durante la campaña de Italia. (Grabado del "Monde Illustré"; de la "Histoire de l'Aéronautique.")

seía. Las peticiones de ascensiones se hicieron tan numerosas, que Eugenio, para poderlas atender, hubo de requerir el auxilio de los restantes miembros de su familia: y he aquí cómo desde el padre, el maestro albañil de Battignolles, Pierre-Edme, a su tío, el ya citado Fanfan, y sus hermanos, la familia Godard en pleno se improvisó aeronauta.

Nacía la dinastía Godard; porque si ya contaba miembros de dos generaciones, todavía habrían de sumarse a

ella León Eugenio, hijo de Eugenio, y Luis, hijo de Luis, con lo que abuelos, hijos y nietos vinieron a resultar unidos en un común denominador: el de aeronautas. Con todo, ninguno llegó a aventajar las glorias de quien primariamente los lanzó al espacio: las de Eugenio, quiero decir. Desde su primera ascensión, aquella de Lille en 1847, "hasta su muerte en Bruselas, en 1890, no cesó—dicen Dolfuss y Bouché—de subir en globo, realizando cientos de ascensiones". Por Europa y por América, es cosa de añadir; en paz y en guerra. Ahí tenéis algún grabado que os lo confirmará. Se refiere a la campaña de Italia, a la más modesta campaña de Italia que Napoleón III realizara, ambicioso de la gloria del primero. La campaña, ya os la sabéis. Si no hubo en ella un Rívoli o un Lodi, hubo, al cabo, un Solferino, y váyase lo uno por lo otro, al menos para lo que podía esperar aquel infatigable perseguidor de *gloire* que fué el último Emperador de los franceses; y si no una república italiana de la que proclamarse presidente, sí un reino de Italia del que



Y he aquí, señores, de izquierda a derecha, a M. Eugenio Godard, M. Luis Godard, M. Augusto Godard, M. Julio Godard y ¿madame o mademoiselle? Eugenia Godard; todos ellos, aeronautas.

(De la "Histoire de l'Aéronautique".)

declararse autor, o, cuando menos, patrono; y si no la armoniosa perfección de aquella primera campaña del Primer Cónsul, si el relampaguear de unos triunfos buenos para cegar a un Imperio, que de esa manera no advertiría cuán frágiles habían sido y qué poco junto a la real fuerza que un Sadowa denunciaba en el futuro vencedor de Sedán. Pero sea cual fuere el resultado de aquello, lo que aquí os importa, ¿no es así?, es la parte que tomara Eugenio Godard. Pues ya la estáis viendo. En el globo, inmóvil sobre las fortificaciones de Peschiera, es Godard quien se encuentra. Reconocimientos, inspecciones... fué, naturalmente, su misión. Sobre Perchiera; desde Castelnodolo, después; desde Castiglioni; ante el paso del Mincio; todo ello en el verano de 1859... Luego, hubo necesidad de encargar a París un nuevo globo, el *Imperial*; pero, en tanto, la victoria de Solferino y la paz de Villafranca interrumpieron aquellas observaciones nada más que iniciadas.

Cuando el Imperio cayó, el *aeronauta del Emperador*—tal era el título que Napoleón le había concedido—prestó aún sus servicios durante el sitio de París por los alemanes construyendo, dicen Dolfuss y Bouché, una cuarentena de globos correos e instruyendo a los marinos encargados de conducirlos. De éstos, Bouché y Dolfuss nos hacen conocer una fotografía, obtenida, según reza la leyenda, en Tours, en el año 1870; una inefable fotografía, con todo el encanto de los absurdos trajes y actitudes de antaño. "De gauche à droit", como nos explica el pie, podéis verlos a todos: Moutet, Mangin, Reginensi... ¡A qué seguir! Son

nombres que nada pueden decirnos ahora. Este, sí: Louis Mutin-Godard..., el último que vivió de los aeronautas del sitio. Murió en 1929. ¿Cuál es? Uno, dos... El cuarto, justamente el cuarto por la izquierda... Perdonad; olvidé que la fotografía se ha quedado en el libro de Bouché y Dolfuss. En fin, os diré, por si os basta, que ahí está, la mano derecha introducida entre dos botones de su chaqueta y, como todos, tocado con la inconcebible gorra de plato, y como todos también, paralizado en su rígida, forzada postura de fotografía *fin de siglo*. Quien no está es nuestro Eugenio Godard. Bien; diremos que en espíritu sí se hallaba presente. Y casi, casi, corporalmente, que, bien mirado, poco dista su tocado, que por otras fotografías no menos inefables nos es conocido, del de este Luis Mutin-Godard. O del de cualquiera de sus compañeros, discípulos todos, como ya dije, de aquel infatigable aeronauta. No habían de cesar, por eso, sus ascensiones con la guerra. Rendido París, él las continuó. Y así hasta su muerte. Mas tratar de ellas rebasaría con creces los límites que en esta presentación me tracé, límites que aun juraría haber rebasado tiempo ha. Sea, pues, éste el fin, y sirvanme para decorosa despedida las palabras con que nuestros ya conocidos autores se refieren al aeronauta origen de tantos otros: "Sin haber hecho progresar el arte aerostático, él lo ha ejercido con conocimiento, y en el gran número de sus alumnos han sido reclutados una parte de los aeronautas del sitio... Existen todavía muchas personas maduras que designan los aerostatos libres con el nombre de *globos Godard*".



Edme Godard padre, Fanfan,
Julio y Luis Godard, en 1862.

(De la "Histoire de l'Aéronautique".)